

piedra angular del baluarte que defiende la Ciudad Santa es la buena educacion, especialmente de aquellos jóvenes que se crían para el Estado Eclesiástico en los Seminarios Conciliares; los cuales adornados de las buenas costumbres, divinas letras y humanas, puedan en adelante enseñarlas con solidez á los fieles, y combatir con esfuerzo y dignidad el error y la heregia. Para conseguir unos bienes tan conformes al espíritu y deseos de la Iglesia, trabajó un plan de Estudios que mereció mil elogios de los sábios Españoles y extrangeros: fundó y dotó en este Seminario, en donde ninguna Cátedra habia, cuantas se necesitaban para formar Doctores y Maestros de la Religion, que en los Púlpitos y en las Aulas hiciesen brillar la magestad augusta de la divina palabra y sublime moral de Jesucristo; llevando tan al cabo esta empresa que consiguió del Soberano que dentro de la misma casa se confriesen grados menores en todas las facultades, y tuvo el consuelo de ver en sus dias que su Colegio de San Fulgencio de Murcia, en el que habia gastado medio millon de reales, era uno de los mas florecientes de España en piedad, sabiduría y buen gusto. Mas para preservar este Seminario, entonces tan respetable, del contagio general, se necesitaba un Prelado tan sábio y tan virtuoso, tan prudente y precabido, y tan celoso y tan fuerte; y el Sr. Rubio no podia ser eterno.

Si eran grandes sus desvelos y sacrificios por la gloria de la Religion y por las ventajas espirituales y temporales de sus Dioccesanos, no fueron menores

